



Cuando tenía 16 años conocí a las Religiosas de María Inmaculada; y, **gran parte de lo que hoy soy**, es gracias a lo que con ellas viví, crecí y aprendí hasta los 21 años, primero en la casa de Córdoba y después en la de Sevilla.

Si bien, es cierto que aquella adolescente ya venía de un hogar en el que mamé, por el ejemplo de mis padres, que **la fe sólo tiene sentido desde la entrega** y el amor sin medida y de que si queremos vivir el evangelio debemos participar activamente en nuestras comunidades,

fue en la residencia dónde desde el primer momento tuve el deseo y la inquietud de colaborar

en cada unas de las actividades que se celebraban, llegando a ser incluso delegada de fe.

No podía imaginar aquella chica que, casi 20 años después, estaría reflexionando sobre la importancia de que los jóvenes católicos seamos activos y participemos socialmente para que

un mundo más justo e igualitario sea posible.

Y es que la dignidad humana, la solidaridad y el bien común que son los principios de la Doctrina Social de la Iglesia Católica han de impulsarnos a luchar contra las injusticias.

Es desde la oración y el silencio que los cristianos encontramos la paz y la alegría de corazón para ser sal del mundo. Creo que es un regalo, en un mundo que cada vez tiene más sed de Dios, tener la certeza de que sólo **en Cristo se encuentra descanso**, consuelo y luz. Pero ¿qué ocurre si la sal se vuelve sosa? Si esa fe se limita a vivir la vida sin preocuparnos por los demás, si no tenemos conciencia de que somos sociales por naturaleza y vivimos desde ese ser comunidad, tal y cómo aparece en el Evangelio, ¿qué sentido tiene hablar de entrega y amor?

La fe no es únicamente una experiencia espiritual sino también una invitación a comprometernos con la realidad social y política que nos rodea.

En un planeta marcado por desigualdades, tensiones y cambios constantes, la **participación ciudadana y el activismo político** se convierten en formas concretas de vivir el Evangelio. La cooperación, el compromiso público y la fe pueden integrarse en un mismo proyecto de vida orientado al bien común.

La participación ciudadana es el primer paso de este camino. Implica **reconocer que se forma parte de una sociedad** y que, por lo tanto, se tiene la responsabilidad de contribuir a su desarrollo. Y ¿cómo se es partícipe?

Los jóvenes debemos informarnos sobre lo que ocurre a nuestro alrededor.

En la década dónde hay más acceso que nunca a tener información, creo que es cuando más desinformados podemos estar si sólo oímos el ruido de las redes. Es muy importante **saber ir a las fuentes verdaderas** y no permitir que el odio, la mentira y la crispación tengan cabida en nuestra participación ciudadana. Y, sobre todo, debemos defender siempre los derechos sociales de los más vulnerables y **promover un trato justo y humano** en nuestros espacios educativos y laborales.

Pero el compromiso no puede terminar ahí. La cooperación social, entendida como la capacidad de trabajar junto a otros por objetivos comunes, se vuelve fundamental, a través de nuestras parroquias, asociaciones e incluso partidos políticos. **Los cambios significativos sólo son posibles desde el trabajo colectivo, del esfuerzo compartido y del diálogo abierto.**

La cooperación nos enseña a valorar la diversidad, a escuchar diferentes perspectivas y a construir consensos cuando las diferencias parecen insalvables.

Y son desde esas diferentes perspectivas dónde creo firmemente que se puede ser una activista política y una cristiana comprometida. Y es que el **activismo político**

es la **decisión consciente de involucrarse en la vida pública**. Ya lo dijo el Papa Francisco "MÓJENSE". Este activismo político, **vivido desde la fe**, evita caer en confrontaciones estériles.

Debemos ser puentes y no muros

se trata de construir diálogos y no promover divisionismos. Tenemos que **responder con respeto** y firmeza, defender la verdad, la justicia y siempre actuar desde el amor al prójimo, sobre todo en unos tiempos donde la polarización está a la orden del día.

Hace unos días tuve que escuchar varias veces un vídeo en el que se decía que la mentira no es delito. Lo repetí porque no daba crédito a pensar que normalicemos los bulos. **Jesús no fue indiferente ante la injusticia y defendió la verdad y la justicia**. Él es nuestro modelo de compromiso valiente y misericordioso: Dar amor sin medida.

En definitiva, participación ciudadana, cooperación y activismo político no son actividades ajenas a una vida de fe. Son **expresiones concretas del amor cristiano** llevado a la acción. No podemos quedarnos callados, "no tengáis miedo" nos dijo San Juan Pablo II. Y si en algún momento nos encontramos cansados o sentimos que nadamos a contracorriente, podemos ir al sagrario y poner en él todas nuestras preocupaciones. Una sociedad más justa, fraterna e igualitaria **es posible**.

La fe sólo tiene sentido si nos entregamos y amamos sin medida.

por Leocadia Gómez.